

# Reflexiones sobre la etnografía

Julieta Valle Esquivel\*

La finalidad principal de este escrito es subrayar la relevancia y el impacto que ha tenido el proyecto Etnografía de las Regiones Indígenas de México en el Nuevo Milenio en la etnografía mexicana. Me parece importante rescatar que éste surgió con la vocación de retomar el papel de lo indígena como el gran objeto de la etnografía mexicana y que había quedado un poco en el olvido, enterrado detrás de una conceptualización distinta surgida a partir de la década de 1970 y que retomaré más adelante. Antes de entrar en materia deseo subrayar un punto que en otros espacios se ha pasado por alto. Me refiero específicamente al verdadero impacto del proyecto en el público en general o en la sociedad en conjunto, por medio de nuestras actividades de divulgación.

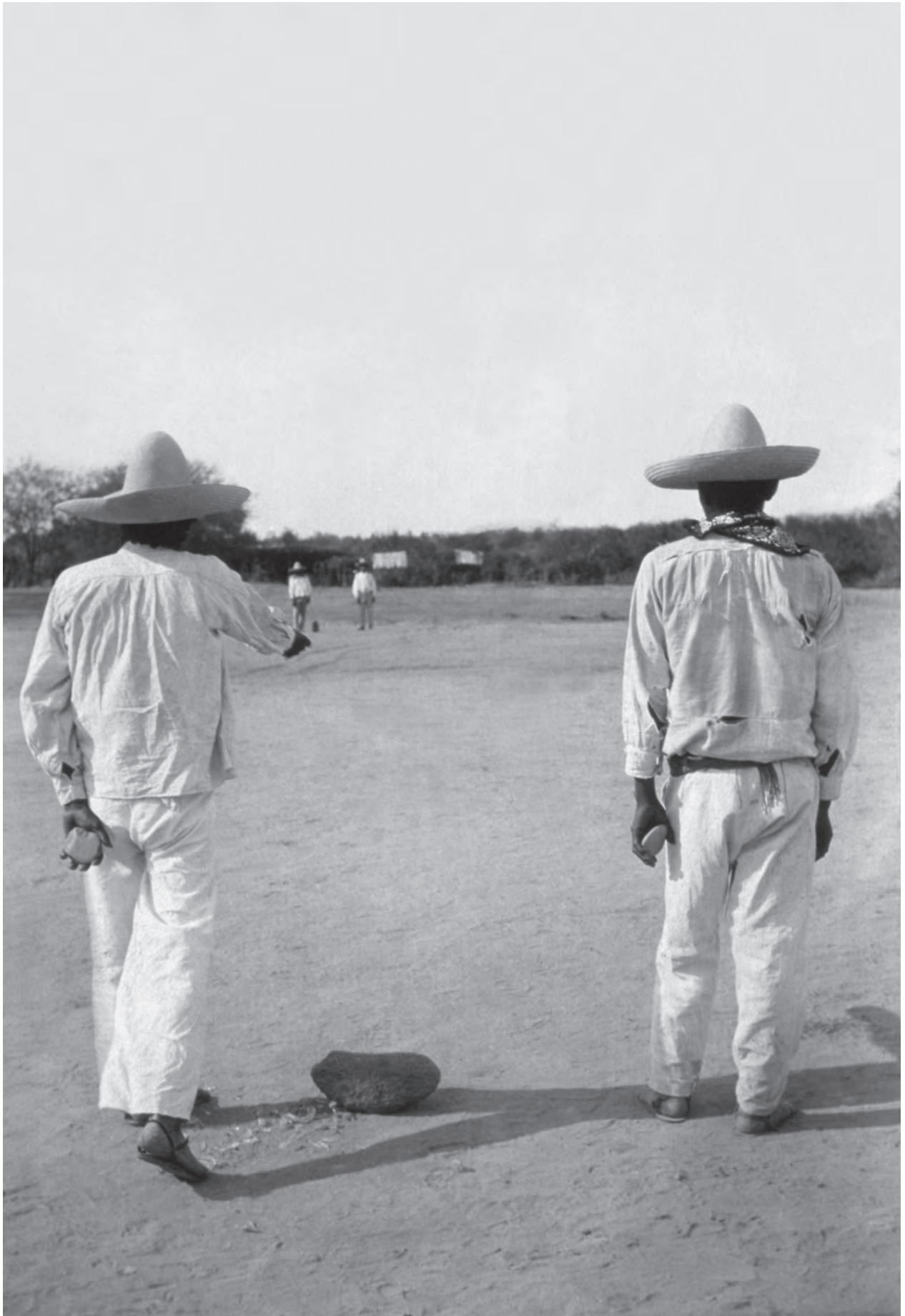
Un objetivo del proyecto que estaba muy presente y causó algunas disfunciones al interior de los equipos regionales era el sentido de publicar atlas etnográficos. Esta discusión contó con varias aristas: en algunos casos, se decía que el proyecto en cuestión no se había configurado para elaborar atlas, mientras que en otros se indicaba lo contrario, al dar centralidad a la producción de este tipo de materiales. De hecho, durante mucho tiempo se le conoció como el proyecto “Atlas etnográficos”.

Si bien su dimensión editorial tiene en su cuenta un vasto conjunto de ensayos especializados que son esencialmente para el consumo de los colegas, obras dirigidas a antropólogos que leemos antropólogos y discutimos los antropólogos, nunca quedó detrás la idea de publicar otro conjunto de trabajos que llegaran al público en general con un impacto distinto, aun cuando también recogieran el tipo de discusiones que se dieron dentro del proyecto.

También he de decir que la parte medular de esta empresa desde sus primeras etapas, y que, entiendo, hasta la fecha lo es, fue la celebración de un Seminario Permanente de Etnografía donde nos reuníamos a discutir –a veces en términos muy formales y fraternos; a veces no tanto; a veces incluso en tonos bastante ríspidos– cuestiones de tipo conceptual y metodológico relevantes para la investigación que se llevaba a cabo. El concepto de región es un ejemplo de tales discusiones. Por tratarse de un proyecto colectivo, este seminario trataba esencialmente de establecer reglas del juego en términos conceptuales y metodológicos que nos dieran un sentido de comunidad como equipo y establecieron las bases comunes para abordar las temáticas que teníamos establecidas para los ensayos. De este modo, inicialmente trabajamos con conceptos como organización social, así como cuestiones de estructura comunitaria. Más adelante nos introdujimos en el territorio, la identidad, y así sucesivamente.

Al respecto, me interesa destacar –y es uno de los aspectos que referí líneas arriba– que retomamos el “objeto” de estudio tradicional de la antropología mexicana en su versión más clásica.

\* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH (maldicionhuasteca@yahoo.com.mx).



Mayos de Ocoroni juegan a la teja, Ocoroni, Sinaloa **Fotografía** © Sinafo-INAH, Conaculta, FN, México, inv. 431007

sica, digamos, con el enfoque más tradicional tocante a cuestiones sobre el parentesco, la estructura social y la comunidad. De ahí fuimos transitando hacia temáticas mucho muy atrevidas que se vieron reflejadas, sobre todo, en la segunda etapa del proyecto, cuando empezamos a analizar procesos de transformación y cambio. Me parece que esto le da un viraje importante al sentido mismo de la etnografía y de la antropología mexicana. Si bien estos temas ya se habían trabajado en el pasado, por primera vez los tomamos como los ejes centrales del análisis de la realidad indígena del país: nuevas orientaciones religiosas, migración, reformulación de las relaciones interétnicas. Esta serie de temas novedosos culminarían en una tercera etapa marcada directamente ya con temáticas de carácter interdisciplinario. En particular, la relación entre naturaleza y cultura se abordó desde la perspectiva de la biología y otras disciplinas. Lo anterior, me parece, es un reflejo de cómo fuimos revalorando y restableciendo las características de nuestro objeto de estudio que, además, influyeron en otros análisis de carácter antropológico.

El tema de la perspectiva regional fue un asunto medular en el sentido de que, desde sus orígenes, el proyecto se llama Etnografía de las Regiones Indígenas de México. No obstante, nos costó mucho trabajo ponernos de acuerdo en qué era esto de la región, lo cual nos obligó a reconsiderar de manera muy constante el concepto mismo de etnorregión: los límites, las fronteras, la utilidad del concepto, pero también su relevancia como un componente metodológico importante. Se trata de abandonar en definitiva los estudios de comunidad como eje de la antropología mexicana tal cual se había hecho a lo largo de muchas décadas y empezar a pensar estas comunidades enmarcadas dentro de regiones o etnorregiones. Ciertamente las dificultades de carácter práctico y las características particulares de nuestro trabajo etnográfico quizá no lograron dar el alcance debido por sí mismas. Hemos de admitir que, finalmente, las temporadas de campo nunca fueron tan prolongadas como se esperaba –por razones de tipo financiero, fundamentalmente–, pero nunca dejamos de lado el sentido de trabajar estas comunidades en el contexto regional.

Esto nos llevó a otro problema que me parece fundamental y que poco se ha tocado: la relación discordante que se presentó en un inicio entre los que teníamos una formación más histórica en relación con los antropólogos. Se hablaba mucho de cómo introdu-



cir la dimensión histórica en la discusión. En algunos casos había directamente un rechazo a esta perspectiva, pero a fin de cuentas la que muchas veces nos resolvió el problema de la región fue la historia. El reconocimiento de regiones históricamente constituidas, territorios históricos de los grupos o de las etnias con que estábamos trabajando le dieron una impronta muy particular a muchos de los ensayos, sobre todo en la primera etapa del trabajo, y en definitiva a los atlas etnográficos producidos a lo largo de este tiempo.

Ahora bien, dedicaré unas líneas para referirme al impacto del proyecto al trascender las fronteras de la discusión dentro de nuestra disciplina. Me satisface pensar que no se queda simplemente en producir obras que alimentarán una discusión profunda y a veces muy sofisticada en el interior del gremio, sino que adicionalmente tiene un impacto en la sociedad, sobre todo en las nuevas generaciones, pero también en aquellos que son “nuestros sujetos de estudio”, en relación con la manera en que se devuelve el conocimiento. Me parece que en este sentido hemos tenido bastante éxito.

Considero que la divulgación del conocimiento etnográfico por medio de los atlas que produjimos –que son muy bonitos, caros y muy elegantes– no se reduce a su consumo propiamente dicho, pues no están al al-



cance de todo mundo, pero sí se conocen y están por todos lados. Incluso algunos de los volúmenes se han agotado. La cuestión no se queda ahí, porque finalmente la pulsión de producir atlas se ha expandido a otras instituciones y a otros grupos. Incluso gente que ha participado en el proyecto, ha hecho algunos ejercicios alternos de producción de materiales de este tipo, de menor costo y con características de divulgación más amplia, y me parece que éste es en verdad un éxito enorme. Si bien la divulgación del conocimiento etnográfico no era el sentido único, quizá sí es el de mayor impacto hacia fuera del gremio.

Se han producido muchísimos trabajos de divulgación y varios de nosotros trabajamos en la elaboración de las monografías que hizo la Comisión Nacional para el Desarrollo de los Pueblos Indígenas de México a partir de 2004. Esta iniciativa reclutó a muchos investigadores del proyecto de etnografía, algunos de ellos jóvenes en proceso de formación, y de este modo generó un producto de gran divulgación dirigido a la sociedad mexicana en su conjunto. Estas monografías se encuentran en todas partes, en internet, lo cual sin duda fortalece una cultura de respeto a la diversidad cultural. En la actualidad hay un conocimiento mayor acerca de la población indígena del que había hace 15 años, y en gran medida estos materiales son los responsables.

De igual modo se puede referir la influencia de las discusiones del proyecto en colegas que no estuvieron inmersos directamente: investigadores, profesionistas y personal del INAH y otras instituciones han retomado nuestros materiales y los han ocupado en cuestiones tan importantes como el montaje de exposiciones temporales del Museo Nacional de Antropología. Un ejemplo es la instalación de altares dinámicos de muertos en la temporada respectiva. La Subdirección de Etnografía lo ha hecho año tras año y en gran medida ha sido una especie de contagio de lo que hemos hecho en el proyecto de etnografía. Asimismo, la exposición *Jalkutat*, sobre los grupos yumanos, recibió una enorme influencia; fue una muestra muy importante, que involucra a grupos que incluso no se estudiaron en el proyecto, pero que parte de investigaciones que retomaron los ejes fundamentales de nuestra discusión. Me refiero a la tarea de repensar las regiones, cuestionar la clasificación de los grupos a partir de criterios lingüísticos, reformular la organización espacial, dar centralidad al tema de territorio, a la relación de las mitologías con las expresiones materiales. Con esto se

hace patente el nacimiento de una nueva museografía anclada en una discusión con un potente carácter teórico y metodológico a la que dio lugar el proyecto.

En otro sentido, también tomando como ejemplo estas evidencias de una nueva visión acerca de “lo indio” en nuestro país, evidentemente lo que tenemos es una dinamización del concepto mismo respecto a qué es “el indio”. Durante una dilatada era de la antropología mexicana se pensó a la etnografía como un trabajo de salvamento. El indio se elaboraba como un problema que desaparecería con “el buen gobierno”, apoyado en la participación de los antropólogos. Pero nos tocó revertir esta tendencia de pensar que se estaba rescatando lo que se acabaría, para comenzar a pensar en el dinamismo inherente a estas sociedades y su permanencia, lo cual a su vez torna permanentemente necesario el futuro de la etnografía. En este sentido, concluyo diciendo que, puesto que la diversidad persiste, la etnografía recobra sentido. Este proyecto lo potencia enormemente y esperemos que dé para muchos años más seguir reflexionando sobre este tema en el ámbito de los antropólogos y asimismo fuera de la antropología.

